

LAS BENDICIONES DE DIOS

Y LAS

OBRAS DE LA MASONERÍA.

Non Deus volens iniquitatem tuas. Neque habitabilis iuxta te iniquus; neque perveniendum iuxta te ante oculos tuos. Odit omnes qui operantur iniquitatem; perdes omnes qui loquuntur mendacium. Virum sanguinem et dolosum abominabitur Dominus.

Ps. V.

Comienzo mi artículo con estas palabras: *Bendiciones de Dios, y obras de la Masonería*—mezcla extraña de expresiones contradictorias—porque las encuentro en la *Opinione*, órgano el más importante de la secta en Italia, y porque quiero, desde luego, demostrar la falsedad de tan horrible blasfemia. M. Dina, su autor, se halla en el colmo de la satisfacción, y canta un himno de triunfo en su primer artículo—Roma, del 31 de los corrientes, titulado: *Confesiones de los clericales*.

«Los hombres, dice, que marchan por la senda del progreso, no tienen motivo alguno para temer el enojo del Criador. Que los clericales se enojen de él, es muy justo y natural; pero a nosotros no nos asiste la razón más mínima para quejarnos, puesto que él ha bendecido todas nuestras obras: ha bendecido la independencia y la unidad de Italia; ha bendecido la entrada en Roma de las tropas Italianas: ha contenido á nuestros enemigos, y convertido en beneficio nuestro todos los sucesos, que hubieran podido perjudicar á nuestros designios. Así, no podemos, á menos de ser ingratos, maldecir á ese Criador.»

Semejante á ese hombre, de quien os hablaba en mi artículo precedente (1), M. Dina tiene cerrados los ojos; y como no ve ni el menor rayo de luz, sostiene con perfecta convicción, que el sol no existe. Este publicista está, tanto más convencido de hallarse en lo verdadero, cuanto que nada sabe de los misterios de la Franc-Masonería. Conoce, empero, que solo á ella debe el honor de sentarse en el Parlamento, adonde no ha podido llegar sino harto tarde, y después de haberse decidido á inscribirse en una Logia; pero esta circunstancia solo prueba, que los secretarios se sostienen mutuamente, y que el mejor medio de alcanzarlo todo, es apoyarse en el templo simbólico de Salomón.

M. Dina no ignora, que la entrada de ese templo es bastante ancha para dar acceso al judío, al cristiano, al turco, al idólatra; mas, lejos de ofuscarle esta mezcla de creencias, se regocija de ver el principio de la fraternidad de los hombres puesto fielmente en práctica. A la puerta de la Logia no se exige á nadie, que renuncie á su culto; únicamente se exige á todos, que no traten de saber, cuál es el verdadero culto que Dios quiere recibir de los hombres. Esto basta; y es todo cuanto necesita Lucifer, para preparar el reinado del último Anticristo.

Pero M. Dina, que, como todos, los Ven. Her.: —menos una insignificante minoría—

(1) Véase más adelante, el artículo á que se refiere aquí el autor: *El Orden más completo reina en Roma!*

se burla de Lucifer y del Anticristo; cree —en conciencia—que solo trabaja por el triunfo del progreso, por las exigencias del tiempo, la pacificación de las querellas religiosas y la preparación de una era de felicidad universal, en la que todos los hombres, después de haber reemplazado la idea del Dios é indefinida de un Gran Arquitecto del Universo, vivirán en paz, bajo la égida de la ley natural, sin preocuparse de los destinos ulteriores del alma humana. Hé ahí la religión verdadera, en nombre de la cual Garibaldi, pretende destruir la falsa religión, que el Papa se obstina en predicar.

Ménos brutal que el héroe de los dos Mundos, M. Dina se limita, por último, á manifestar sus deseos, de que el Papa se ponga con Garibaldi al servicio de esa nueva religión. Cree hasta entrever, que el Espíritu Santo trabaja en la renovación del mundo en ese sentido tan tiernamente filantrópico.

«La renovación de la faz del mundo se ha verificado, añade con una lágrima en los ojos. El imperio de la ley, la igualdad civil y política, la libertad de conciencia y de cultos, son otras tantas conquistas del mundo moderno: pero los clericales olvidan, que su germen se halla en la misma doctrina de Jesucristo, la cual—fírmese é inmóvil en sus principios—se modifica y se transforma en sus explicaciones. La Iglesia no puede impedir, que esa doctrina llegue á sus últimas consecuencias, por cuyo motivo se verá forzada á transformarse en un tiempo más ó ménos próximo.»

Y por que la Iglesia se ha de ver, ántes de mucho, obligada á someterse á la verdadera religión proclamada por Garibaldi, y á aceptar con él, el mundo moderno? Porque la única secta que existe sobre toda la tierra es la Iglesia misma. El respetable Director de la *Opinione* lo dice terminantemente. Copiaremos sus palabras:

«Los clericales dan á la libertad el nombre de secta; pero reconocen, que esta secta se hace cada día más dueña del mundo civil. ¿Cómo puede ser, que la palabra secta, que expresa la idea de una minoría turbulenta y facciosa, pueda aplicarse á un partido, cuyo poder aumenta de tal modo, que dispone de Estados y pueblos? La secta verdaderamente perjudicial á los Gobiernos y á la religión, es la que representa el Obser-

vatorio Romano. Sus amigos son los que trastornan la acción de los gobiernos, y los que se sirven de la religión como de una arma política.»

Así, pues, la cuestión queda en claro, y el órgano de la revolución honrada y moderada, ofrece á nuestra vista un cuadro, que no carece de encanto. En él vemos al Padre Eterno, bendiciendo al mundo moderno; á Jesucristo, que arroja los gérmenes de una religión nueva, que comienza solamente á florecer en 1793; y al Espíritu Santo, que de repente advierte—después de diez y nueve siglos—que la Iglesia es una secta; y trata de renovar la faz de la tierra en el sentido de las ideas de M. Garibaldi.—El Rafael del Ghetto, que dibuja con mano diestra ese cuadro, no cree ni en el Padre, ni en el Hijo, ni en el Espíritu Santo, puesto que nació judío, y es Franc-Mason; pero no le disgusta que los católicos—que le leen, ¡ay! en excesivo número—se persuadan, de que discute seriamente de las cosas de su religión, y, por desgracia, cada uno asegura, que muchos no caigan en el lazo.

En vista de tales observaciones calculadas, que tienden á destruir toda noción del cristianismo, desde el catecismo elemental, hasta la *Suma* de Santo Tomás, habría demasiado que decir, para no creernos dispuestos del deber de contestar. Pero me compadezco de los infelices cristianos, que, á pesar de las recomendaciones tan urgentes del Santo Padre, se alimentan cada día de las rebuadas que corta M. Dina; tengo también compasión de M. Dina, que podría un día reconocer la verdad y convertirse, como muchos de sus correligionarios, en defensor intrepido de la fe de Cristo. Este sentimiento me impelle, á decir algunas palabras, para probar á la *Opinione*, y á los que la leen, que la significación de las tres Personas de la Santísima Trinidad es en extremo diferente de lo que resulta de ese cuadro.

«Nosotros vencimos, el Criador nos bendice.» Este razonamiento podría convenir lo mismo á Cain que á M. Dina. El primer homicida, no tenía más que prosternarse delante el Eterno, y decir: «Yo he atacado á mi hermano: él podía defenderse y matarme á mí; mas no lo hizo, y fui yo quien mató á él. Vos me habeis bendecido Señor, y yo, os doy gracias.» Cain no se atrevió á dirigir al Criador ese testimonio de gratitud;

yo y aconsejo al respetable director del periódico oficioso romano, que imite la prudencia del padre de la Masonería. Con Dios no se juega. Si permite las victorias del mal en la tierra, es porque en los secretos insondables de su Providencia, las victorias efímeras del mal son necesarias para el triunfo más brillante, más espléndido y más durable del bien—triunfo que, con frecuencia, vemos con nuestros ojos carnales, y cuya extensión conoceremos perfectamente en la existencia que no tiene fin.

Para no salir de los estrechos límites que me he impuesto—pudieran escribirse muchos volúmenes sobre esta materia,—y hablar del Redentor del género humano; diré á M. Dina, que «el germen de las conquistas del mundo moderno» no se encuentra «en la doctrina misma de Jesucristo» como M. Dina pretende, sino que en las palabras del Salvador se encuentra, en germen, el anuncio de todas las tribulaciones, que ahora asolan la Iglesia, y la explicación clara y palpable, de que esas tribulaciones no tienen por objeto sino guiarnos á Cristo, y dar á la Iglesia una victoria, que excederá en brillo á todos sus triunfos pasados.

Las bendiciones que M. Dina ve descender sobre el mundo moderno, y sobre la Franc-Masonería, que lo ha creado, «la independencia y la unidad de Italia, la entrada en Roma de las tropas italianas etc.» entran en el plan providencial como castigos de nuestros pecados, como señales del tiempo, como preparación al triunfo futuro, y, sobre todo, como cumplimiento de las profecías consignadas en los santos Libros. La necesidad relativa—y no absoluta, porque Dios no sufre nada absoluto—de esa permisión, otorgada por Dios á la Franc-Masonería, de trastornar el mundo, está demostrada por la facilidad misma con la cual ha podido cumplir su obra infernal, «hacerse dueña absoluta de la actividad civil, y disponer á su gusto de Estados y pueblos.» Esta facilidad hártamente revela, que esos Estados y pueblos no son cristianos más que en el nombre; y aunque se proclaman hijos de la Iglesia, tienen el corazón abierto á todas las seducciones del diablo; y se encuentran tan distantes de las enseñanzas de los primeros cristianos, que en vez de afrontar gozosos los martirios por la fe, leen con calma los periódicos que les enseñan, que la Santa Sede y sus defensores no son sino una secta.

Puesto que ese cáncer oculto existía en la Iglesia, era necesario que se manifestara, y se mostrará en el gran día, para que la separación completa de los dos campos se fijara. Los buenos y los malos estaban juntamente confundidos, bajo el nombre genérico de cristianos, sin que se supiese discernir, quiénes estaban con Jesucristo, y quiénes abrían la puerta al Anticristo. Los instrumentos de la justicia divina, entrando en Roma, y cometiendo toda suerte de iniquidades, son el bisturi del cirujano, destinado á extirpar ese cáncer oculto, que impedía á la Divina Esposa de Jesucristo, no solo de correr al triunfo que su Fundador le prepara, sino hasta de gozar de la entera libertad de sus movimientos.

Si esos instrumentos de las venganzas de Dios, continúan aún en Roma, y en ella gozan de una tranquilidad relativa,—que sin razón toman por una protección visible de Dios—es porque, el estado enfermizo causado por el cáncer, no está curado aún; es porque la cristiandad vuelve muy lentamente á la fe; aclama más al Vicario de Jesucristo, que no le imita; y da no pocas señales de que la obra saludable del cirujano no toca á su término.

Cuando llegue ese término, veremos aparecer en todo su esplendor esa transformación de la faz de la tierra, en la cual el Espíritu Santo trabaja en un sentido contrario á los deseos de M. Dina. Garibaldi, el gran pontífice de la religión verdadera, M. Dina, su acólito, y Cain, que espera en los infiernos la venida del Anticristo—según la leyenda de Adonhiram, tan amada por los Ven.—y Lucifer, jefe invisible de la Masonería, y todas las Logias juntas; no duden, que, en cierto sentido, y sin quererlo, trabajan todos ellos por la religión verdadera, es decir, por el gran triunfo de las verdades eternas, cuyo depósito sagrado ha confiado Jesucristo á la Iglesia.

Su grandiosa máquina de guerra, llamada el mundo moderno, recuerda al cristiano—demasiado dispuesto á olvidarlo—que pertenece al mundo eterno, creado por Jesucristo y para Jesucristo: las persecuciones dispiertan las virtudes cristianas en numerosos corazones en que estaban adormecidas: las conquistas de Estados y pueblos, derriban ciertas barreras, que se oponían á las conquistas del Espíritu Santo; las ruinas, que se amontonan por todas partes en

nombre de un orden material, orden que se lo lleva el primer sople de viento; formarán la base de todo un nuevo orden moral, que conducirá al género humano á la Iglesia; y por la Iglesia, á Dios.

Esta importante y saludable empresa de la transformación de la faz de la tierra, marcha despacio, y su lentitud misma es una prueba evidente, de que era necesaria: la fe se entibiaba, la esperanza hacíase cada vez más vaga, y la caridad casi se extinguía; el mundo se adormecía, y la Iglesia misma se hallaba amenazada de caer en letargo. El huracán suscitado por la secta prepara las vías al Espíritu Santo.

Esé Papa prisionero, á quien M. Dina, en sus delirios insensatos, cree poder precisar un día, á aceptar una transformación de la fe de Jesucristo, ese Papa es—como San Pedro y todos sus sucesores—el lazo que ata la tierra al cielo. Si ese lazo llegara á romperse, si el Papa cediera á las ansias de los autores de mentiras, el cielo se separaría de la tierra, y ésta se hundiría en un caos, semejante al que precedió al *hágase* solemnemente.

El Ven. Her. Director de la *Opinione*, viendo los estragos que la secta ha producido en todo el edificio cristiano, y contemplando con fruición la extensión de su dominio, exclama: Dios nos ha bendecido; y no reflexiona, que esa exclamación es el mismo grito de gozo, que saldrá de los labios del hombre del pecado, cuando vea á sus pies tendidos á Enoch y á Elias, los dos enviados de Dios. Pero precisamente entonces aparecerá el Juez Supremo en todo el brillo de su poder, para vengar á su Iglesia, y exterminar al Anticristo y á todos sus corifeos, porque Jesucristo ha prometido, á su divina Esposa, que estará con ella hasta la consumación de los siglos—y la esperanza de los que confían en Cristo, no quedará jamás burlada.

Las obras de Dios no serán, según la frase de San Pablo, nunca comprendidas por el hombre animal, que solo atiende á las cosas de esta existencia pasajera, y no tiene cuenta alguna de la inmortaldad del alma, ni de los destinos futuros. M. Dina, hablando con gravedad de la admirable tela que la Providencia teje en los acaecimientos de la historia, me hace el efecto de un sordo, que pretendiera juzgar del mérito de una ópera. Por más que quisiera recogerse en su palco, y meditar lo que sucede en la orquesta y so-

bre la escena, no comprendería nada. Vería tan solo delante de él figuras Moffetudas que soplan flautas, clarinetes, trompas y trombones; vería los arcos que van y vienen con furor sobre los violines, los violoncelos y los contrabajos; vería los coros, y los cantores, que abren la boca; pero si su oído estuviese herméticamente cerrado á la impresión de los sonidos, su alma permanecería fatalmente insensible á las bellezas de la música.

Yo deseo que M. Dina siga el ejemplo de los Ratisbonne y de los hermanos Lémann: entonces comprenderá con inefable gozo, la sublime armonía, que sale de la historia, como un cántico de gloria, que todos los pueblos y todos los siglos elevan al trono del Eterno.

JUAN ESTÉRAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 2 de Febrero de 1875).

LA MAGIA,

EN EL

SEÑO DE LAS SOCIEDADES SECRETAS.

REMEDIO DIVINO PARA MAL TAN GRAVE.

No hay que forjarse ilusiones: la magia es la potencia más formidable para obrar el mal. La razón es olvíva: la magia presta á la de nuestros hombres una fuerza superior á la de nuestra naturaleza: la de los espíritus de las tinieblas. Por esto la Iglesia no ha cesado ni cesa de combatirla.

En las sociedades secretas hay tres clases de iniciados; los unos, no sirven allí sino de satélites para adquirir popularidad: éstos no ven en las reuniones masonías sino actos de beneficencia y protección mutua. Otros, más adelantados, buscan allí la satisfacción de sus intereses y de su ambición. Pero la tercera categoría, es la más reducida, la de los adeptos de Satanás; éstos, emplean la magia, fuerza terrible, para asaltar el órden social y religioso.

Por qué anatematizarían los Pontífices romanos á las sociedades secretas, si no viesen en ellas una palanca poderosa de destrucción?

Nuestros lectores van á juzgarlo por sí

mismos, después de leer el hecho, de reciente fecha, que vamos á referir, hecho acontecido en América, y que les interesará en sumo grado, bajo cualquier punto de vista que lo examinen. Además, por su relato, no podrán menos de admirar la economía de la divina Providencia para salvar mayor número de almas. Aquí, en este hecho, es una hija piadosa la que salva á su padre; allí, es la esposa; en otra parte, es la madre. ¡Oh! todas las obras de Dios son siempre admirables! Un religioso Pasionista del convento de Hoboken, cerca de Nueva-York, es quien habla: oigámosle.

«He sido llamado, dice el P. Pasionista, para asistir á un moribundo en Brooklin. Era un alemán, con quien me había encontrado y entrado en conversación muchas veces, ántes de su enfermedad. Su única hija, excelente católica, me previno, que su padre era franc-mason, y que era preciso exigirle una retractación. Después de haberle oído en confesión, le pregunté si había pertenecido á alguna sociedad secreta. —«Si, padre mio, soy franc-mason, pero, ya lo sabeis, en América esto no es un mal. —Estais en un error, le contesté, la Franc-Masonería está condenada donde quiera que exista; por lo tanto, es preciso que os retracteis de cuanto hubieréis prometido, y que me entreguéis las insignias, en prueba de vuestra sinceridad.» El enfermo opuso algunas dificultades; pero conservaba la fé, y firmó, al fin, la retractación que yo redacté; luego tuve que reiterar las instancias para obtener, que me entregase la banda, la espadra, la llana de plata, el mandil y su ritual, que guardaba en un armario cerrado colocado cerca de su cama. Debí explicarle la necesidad de desprenderse de todos estos objetos, si quería dar una prueba positiva de su sincero arrepentimiento. Recogidos estos despojos, salí del aposento, sumamente satisfecho de haber arrancado un alma al demonio. La hija me aguardaba en el vestibulo: «Mi padre, me dijo, os lo habrá entregado todo ¿no es verdad? ¿Se ha reconciliado con Dios?—Miradlo, hija mia, le contesté, enseñándole los objetos que llevaba yo en la mano.» Los toma la excelente hija, los examina uno tras otro, y luego con aire de tristeza, me dice: «No, no estáis aquí todo; estas insignias las llevaba mi padre en su Logia, y en circunstancias solemnes; po-

co le habrá costado entregaros todo esto; mucho más habrá sentido entregaros este libro, que es peculiar á su grado. Pero hay otra cosa, que no os ha entregado.—¿Qué, pues?—Un escrito, cuyo contenido yo ignoro; mi padre me ha recomendado llevarlo cerrado, después de su muerte, al presidente de su Logia; indudablemente debe contener algun secreto importantísimo.»

Y luego, pues, á la cabecera del enfermo, y le digo: «¿Por qué me engañais? Vais á presentaros ante el tribunal de Dios; ¿creéis escapar á su justicia? ¿Tenéis algo todavía que entregarme? El enfermo se conternó, al parecer; advirti la palidez de su rostro y la turbación en sus ojos; luego contestó con palabras confusas:—«Pero ¡si os lo habeis llevado todo ya! nada más tengo que entregar.—No; falta todavía entregarme un escrito, que todos los franc-masones guardan.—Os equivocais, Padre mio, no tengo nada más.—Reiteré las instancias; todo era inútil, los demonios iban á triunfar. Apelé á todos los medios que juzgaba eficaces en semejante ocasion. Nada obtuve; el enfermo persistía negando, ó no respondía. En tal apuro, su hija abre la puerta, se arrodilla al pie de la cama, y exclama.—«¡Oh, padre mio, por favor, salvad vuestra alma; de lo contrario, vuestra hija vá á ser muy desgraciada! Decid que me amais, pues probádmelo ahora.» El enfermo no estaba preparado para esta sacudida: los abrazos, y las lágrimas de su hija le conmovieron; ella le prodigó las caricias mas expresivas; le dijo las palabras mas firmes, le habló del cielo, que iba á perder; y el enfermo, con todo, quiso responderle: «Tú sabes, que yo no oullo nada.» Pero su hija, adivinándole el pensamiento, tomó un tono inspirado, y le dijo, sin permitirle pronunciar una palabra: «No mintais, padre mio; sed siempre franco; haced que no tenga yo que sonrojarme de vuestro nombre. Entregad al Padre el papel que me habeis recomendado llevar al venerable de la Logia.» A estas palabras, el enfermo lanzó un grito; luego, haciendo un penoso esfuerzo, dijo suspirando: «No, hija mia, tú no tendrás que sonrojarte de tu padre. Toma esta llave, que pende de mi cuello, abre la gaveta, y entrega al Padre el papel que en ella encontrarás.» Dicho esto, cayó desvanecido. Su hija, con la celeridad del rayo, ejecutó sus órdenes, y me entregó un pliego cerrado, exclamando: «Victoria!

mi padre se ha salvado; ha vomitado el veneno.» No tengo que encañecer cuanto me conmovió tal escena: el valor de esta hija me recordaba el de los cristianos de los primeros siglos. El enfermo vivió todavía algunas horas más, y sus últimas palabras fueron un acto de contrición continua, al mismo tiempo que de fé, y de esperanza. Abrió, en presencia de su hija, el pliego cerrado. Era un juramento, firmado con su propia sangre. Habla yo oído hablar de este género de escritos, muy en uso entre los jefes de la Franc-Masonería; pero cuando hebre recorrido ese papel, apenas podía creer á mis propios ojos. Era el juramento de una guerra perpétua, sin tregua, contra la Iglesia, el Papado, y los reyes, con las más execrables maldiciones, en el caso de faltar á su palabra. Este papel lo he entregado al Señor Arzobispo, para que pueda apreciar tan bien como yo la malicia infernal de la Franc-Masonería.»

En vista de este documento auténtico, no cabe ya la menor duda, de que hay hombres que se comprometen por escrito, y prestan juramento, firmado con su propia sangre, de hacer una guerra perpétua, sin tregua, contra la Iglesia, el Papado y la autoridad civil; y he aquí por qué Nuestro Señor pide á las almas, víctimas ocultas en Dios, que se ofrezcan á sí mismas, comprometiéndose por escrito, á oponer una valla á esta potencia infernal, que lo pone todo en peligro, y amenaza envolver en ruinas á toda la sociedad humana.

El mal se difunde por el contagio y la corrupción; preciso es, pues, buscar, desde luego, un remedio, que combata todos los elementos perniciosos, manantial de perdición para las almas. Y este remedio no puede ser otro, que el de una sociedad de víctimas ocultas en Dios. He aquí, lo que nos escribe el alma virtuosa, que nos ha sugerido esta idea.

«No puedo expresaros, dice, como quisiera, mi reconocimiento por la caritativa acogida que habeis hecho en vuestros Anales al pensamiento, que me ha inspirado el divino Maestro, y cuya práctica fuera irrealizable sin vuestro piadoso concurso. ¡Oh! si; vos lo habeis comprendido perfectamente. ¡Cuántas veces me he preguntado, de qué manera, en mi desierto, podría dar

yo á conocer á algunas almas, sin dejar de permanecer oculta como siempre, algunas de estas suaves luces, que arden en mi alma y la consumen interiormente!

«¡Oh! puedo decirlo en verdad: Dios mio, el celo de vuestra casa interiormente me devora. ¡Ah! quién me ayudará á erigirnos templos llenos de gloria, y de belleza oculta, á dedicaros siquiera un altar, un tabernáculo, un copon, y á suscitar humildes y puras víctimas, cuya oblation, unida á la de vuestro divino Hijo, por las sagradas manos de vuestros sacerdotes, os sea agradable!»

«¡Oh! qué de gracias tiene reservadas el divino Jesus para esas queridas víctimas!»

Con este motivo, delemos recordar, que el alma, que entra en esta senda celestial, no puede proponerse otra mira, que la mayor gloria de Dios. Cuando se trata de trabajar en la salvacion de los hermanos, no cabe otra divisa, que la del gran San Ignacio: todo para la mayor gloria de Dios. Pero conviene tambien añadir; y de Maria Inmaculada, Madre doleros, y del glorioso San José. Esta es la divisa del santo estandarte, libaró sagrado de la milicia, que combate por el bien, contra el pecado y el infierno. El alma piadosa, cuyas palabras acabamos de citar, prosigue diciendo:

«En la cédula que he escrito para mi, y que he firmado con mi propia sangre, en un altar privilegiado, el 8 de Diciembre, he añadido una palabra, la mas querida de Dios: «por el sacerdocio.» He aquí lo que propongo con todo el ardor de mi alma, con todas mis oraciones, comuniones, penitencias, visitas al Santísimo Sacramento en el tabernáculo de amor; he aquí, lo que El me pide, y me inspira, desde muchos años.

«¡Oh! cuán grato me es el poder ofrecerme á El mismo, víctima, por manos de sus Angeles de la tierra, con otras almas, mis compaÑeras, mis hermanas, que me fueron mostradas, y anunciadas mucho tiempo há, cuando se me decía: «¡Ah! tienes la Eucaristia, el clero, y mi Madre. ¡Vendrá El un día, á concluir su obra, haciéndome humilde sirviente de sus sacerdotes?»

El sacerdocio en la santa Iglesia, es el canal de la divina gracia. La obra de la Reparacion descansa sobre él, sobre su concurso, su cooperacion, de una manera abso-

luta. Todos nuestros conocimientos acerca del particular, están de perfecto acuerdo con la ciencia sagrada.

Nada puede arrigarse profundamente en la Santa Iglesia, si no recibe la bendición del Vicario de Jesucristo y de los Obispos que toman parte en su solicitud por la jurisdicción de que han sido investidos.

Por lo tanto, deseamos ardentemente, como lo desea esa piadosa alma, que esta gracia preciosa sea otorgada. Por esta sanción suprema, las víctimas forman la milicia espiritual, y son otra de las grandes fuerzas para conseguir la regeneración de las almas. Si nuestros deseos merecen ser atendidos, ¡qué frutos de gracia y de misericordia no producirá esta unión de las víctimas!

Esta alma santa concluye con estas palabras:

«Há a pediros el nombre del autor de la Verdadera Reparación por las santas lágrimas de Jesús y María, cuando he visto en los Anales, que este libro era obra vuestra. Quizá he sido yo una de vuestras primeras lectoras, en 1837, ó 1838, en el que recibí luces superiores para entender las palabras del divino Maestro á Santa Margarita de Cortona: «Tú eres la flor de los campos, y por ti las plantas muertas reverdecen.»

«En el mismo momento recibí aquellas luces; ¡oh! no lo olvidaré jamás... ¡Quién me hubiera dicho entonces, que vuestras iniciales ocultaban el nombre del piadoso instrumento del divino Maestro para una obra de Reparación, y por la cual tendré que bendecirle en la tierra y en el cielo! ¡Cómo prepara Dios todas las cosas! y qué admirable es en sus caminos!»

Plugo al divino Maestro, hace más de quince años, poerneros en cruz; las pruebas han llovido sobre nosotros por todas partes; pero el alma ha permanecido en manos de Dios. En medio de este cristal de la humillación, hemos sobrellevado las largas esperas del Señor. Léjos de nosotros el quejarnos por la porción del cáliz que hemos debido beber, en la distribución de cruces hecha por el divino Maestro. Si nos ha cabido en suerte una medida llena hasta desbordar, también el cielo nos ha enriquecido con gracias especiales. ¡Qué de almas nos ha enviado, almas que hoy son la gloria y el or-

namento de la santa Iglesia! ¡Démole pues á Dios infinitas gracias!

«¿Qué vá á suceder en un porvenir muy próximo? ¡Realizará el cielo los designios de misericordia, de la cual hemos recibido ya tan reiteradas pruebas? Nosotros lo creemos firmemente: Dios es fiel en sus promesas, á favor de los que creen, esperan y aman hasta el fin.»

Hace más de un año, que en nombre de Jesús y de María en San José, dirigimos una invitación por el alivio de las almas del Purgatorio, sobre todo, por el de las almas de los militares, que habían sucumbido en nuestras últimas guerras. ¡Ay! el guarismo de estas almas se eleva á más de trescientas mil, sin tomar en cuenta las de las guerras anteriores.

Dios se ha dignado bendecir nuestro celo. Pocos ejemplos pudieran ofrecerse de un resultado tan completo, como el de aquella invitación.

Pero el llamamiento que dirigimos á las almas, que quieran ofrecerse como víctimas, es el supremo esfuerzo del divino corazón de Jesús, y del corazón inmaculado de la celestial Madre. ¡Oh! cuántas almas serán deudas de su salvación á este acto, que vamos á realizar! solo en el cielo lo sabremos. Rogamos, pues, á las almas piadosas, que no titubeen en dar á conocer á sus conocidos y amigos los deseos de Nuestro Señor; la hora no puede ser más propicia; é indiscreto fuera exponernos á que se nos dijera: «Ya es tarde!»

En lo que acabamos de exponer, no tenemos otra mira, que la salvación de las almas; lo demás, esto es; todo lo que atañe á intereses terrenales, es á nuestros ojos lo que Dios concede por añadidura á los que, ante todo, buscan el reino de Dios y su justicia. Este es el único fin que nos proponemos con nuestros trabajos y con los esfuerzos de celo que Dios nos inspira.

(Anales de la Sainteté au XIX siècle—Entrega 62.—Febrero 1875).

EL ODOIO Y LA SECTA.

La Providencia, que no abandona nunca á los que se consagran—sin miras interesadas

y sin respetos humanos—al triunfo de la verdad, me ha enviado un poderoso auxiliar en la lucha que he entablado contra la secta anticristiana, llamada, hoy, la Franc-masonería.

El correo de esta mañana me ha traído un documento preciosísimo, una carta admirable, que Mons. Amando-José Fava, acaba de dirigir al clero y á los fieles de la Martinica, con motivo de su peregrinación á Lourdes, Roma y Jerusalem. El Ilustre Prelado refiere á los fieles confiados á su cuidado, sus impresiones durante su visita al lugar, en que la Reina de los Profetas se ha dignado hablar al hombre, y les explica, además, el Misterio profundo de esta aparición.

Este misterio, según el santo Obispo, es un nuevo acto de la misericordia divina, un llamamiento á todos los cristianos, para que se cobijen bajo la bandera de la caridad. La necesidad apremiante de despertar en los hombres el santo amor de Dios y del prójimo, es la que ha obligado á Nuestra tierna Madre á descender de lo alto de los cielos, donde está sentada en su trono, á la gruta de Lourdes, recordando, que su divino Hijo le legó el género humano, representado al pie de la cruz, por San Juan, el apóstol del amor, para que le protegiese.

Sin preocuparse del origen de la secta, Mons. Fava la estudia en su fase actual, y le dá el nombre que le cuadra perfectamente, llamándola: la secta del odio. Examínese que monstruo sopla el odio entre los hombres, y se hallará al jefe invisible de la secta; recorramos los anales de la historia, y veremos, que el primer triunfo del odio sobre el amor es el fratricidio, cometido por Cain. Si partiendo de este punto, hallamos una tradición constante de una victoria futura, que ha de colocar á Lucifer en el trono de Dios, y el odio en el lugar que ocupa el amor; y si esta tradición ha sido conservada á través de todos los siglos, por una asociación de hombres, que tenían los mismos usos, los mismos arcanos; ¿por qué negarse á reconocer en Cain el padre de la secta?

Se hacen aspavientos cuando yo digo, que multitud de personas, que no conocen á la Masonería, que la desprecian, y aún la combaten, no dejan, por eso, de promover los intereses de la secta anticristiana, y de cooperar al gran triunfo que la secta codicia en sus sueños insensatos; pero si ellos quieren, por fin, rendirse á la evidencia de lo que

pasa en torno nuestro, y reconocer cuanto se ha resfriado la caridad en el mundo cristiano, descubrirán el secreto de las conquistas de la secta, y del estado á que ella ha reducido á la Iglesia. La Providencia todo lo hace en favor de los justos, de los escogidos: *omnia propter electos*; si ella nos castiga, es para conducirnos al buen camino, por el cual nos invita Jesucristo á seguirle, que pagó con su sangre el triunfo del amor sobre el odio.

Léase el importante documento, que re-produzco, conservando con cursiva las palabras del mismo modo que se leen en el original; medítesele bien, para temer cada vez más á Dios; porque, si hay una hora, para sus misericordias, la hay también para sus justicias inexorables—y ¿quién puede asegurar, que mañana no suene esta hora?

A todo el mundo concedo el derecho de burlarse de mí—y quizá fuera lo mejor que pudiera hacerse—mas no tolo que, nadie se burle de Dios; y es burlarse de Dios, oponer una ceguera obstinada á las advertencias, que todos los días se digna darnos.

J. E. DE CAMILLE.

¡Colinas sagradas de Lourdes! quien puede sin enternecerse recordar vuestro santuario, la magestad arrebatadora de vuestras ceremonias religiosas de día y de noche; los gozos sobrehumanos, que siente el alma á lo largo de vuestras sendas y en el fondo de vuestra gruta bendita! A vosotros se os puede llamar con toda verdad colinas santas: pues la Virgen Inmaculada se ha honrado con su amor. Antes de descender á esta nuestra miserable tierra, dirigió sobre ella una mirada, y sus ojos, en quienes brilla siempre la misericordia, se fijaron en vosotros. Aquí, dijo ella, quiero recordar á los hombres el mandamiento nuevo, que les dió mi Hijo: el de la Caridad.

María ha descendido: ha hablado á una pobre pastorcilla; le ha intimado sus órdenes, y revelado sus secretos. Al instante los pueblos, movidos por un poder misterioso, han corrido hácia la gruta milagrosa. Los prodigios se han multiplicado: los milagros, que son el sello de la Divinidad, han sido vistos, examinados, y certificados por la incredulidad misma. Una basilica, tan atrevida como graciosa, levantada sobre la roca,

atestigua, que la Madre de Dios ha visitado la afortunada colina.

«Generalmente, admiranso en este sagrado lugar, nos decía Peyramale, venerable cura de Lourdes, las curaciones corporales de multitud de enfermos, curaciones verdaderamente sorprendentes; empero, si á los hombres les fuera dado ver las conversiones admirables de innumerables peregrinos, que vienen de todas las partes del mundo, y las circunstancias extraordinarias que, con frecuencia, las acompañan, á la admiración sucedería un santo entusiasmo.»

Bendigamos, pues, al Señor; y bendigamos á su santísima Madre, por tantas gracias derramadas sobre el pueblo cristiano en Lourdes. Oremos, y procuremos con nuestra conducta hacernos dignos de participar de tales beneficios: pidámos al cielo, que la Europa, y la Francia, en particular, comprendan los deseos del maternal corazón de la Santísima Virgen, y arrójense en los brazos y sobre el corazón adorable de Jesucristo, sobre este corazón del que salieron las siguientes palabras: «He venido á traer el fuego de la caridad á la tierra; y ¿qué deseo yo, sino que arda? *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?*» (Luc. XII. 49).

Ha sido necesario, se dirá tal vez, que la Santísima Virgen descendiese á predicar la caridad á los hombres? ¿Las circunstancias de nuestra sociedad eran verdaderamente tales, que pudieran motivar semejante intervención?

Vosotros mismos podéis juzgarlo, con solo recordar, que existe, en nuestros días, una asociación vasta como el universo, cuyos miembros, en número casi infinito, ocupan todos los destinos de la sociedad, desde el primero hasta el último; una asociación, que como la serpiente oculta su cabeza, pero no los repliegues que traza, arrastrándose, pues los vemos aún en los países mas remotos: una asociación, cuya unidad de acción implica la unidad de mando; que cada día vá desprendiéndose de la piel de oveja con que se cubre; que se manifiesta por sus actos, hasta á los menos perspicaces. Pues bien; el carácter de esta asociación (que se llama *Sociedad secreta, revolución, Radicalismo*, ó como queráis), es, en el fondo, el odio.

Santo Tomás de Aquino, en su *Suma teológica*, explica admirablemente de qué manera nosotros, amando á Dios, amamos,

como hijos suyos, todo lo que Dios ama: á su Cristo, su madre la Iglesia, el Pontífice Romano, los Obispos, los Sacerdotes, los hombres, en general; los pobres, los débiles, y todo lo que está marcado con el sello divino.

Y por el contrario, quién no ama á Dios, no ama nada de lo que Dios ama. Así es, que, en nuestros días, los jefes de la asociación, que he nombrado, se esfuerzan en reemplazar en las almas al Dios trino, que Jesucristo nos reveló, por el Dios de los pan-teístas, que no es otra cosa, que un compuesto de materia y de razón humana, fabricado por el orgullo de un filosofismo delirante. De ahí proviene este odio, que se enciende en todos los lugares, contra Cristo, su Iglesia, el Papa, los Obispos, el clero regular y secular, el culto religioso y las prácticas mas sagradas. Los golpes enemigos caen sobre cuanto lleva el sello divino. La autoridad, el orden, la familia, la prosperidad, todo lo que es noble, todo lo que es grande, todo lo que es puro, todas las cosas divinas, son para el alma de la asociación un objeto del odio. Ella aspira al desorden; ape-la á los tumultos populares; trata de destruir la sociedad antigua, solo porque es cristiana. En el colmo de su audacia, sus jefes van repitiendo en alta voz, que aguardan el día, en que podrán celebrar con todos sus amigos un banquete universal, sobre las cenizas ya frías del cristianismo.

Por sus tendencias, por los resultados que obtiene, así en Oriente, como en Occidente, por la especie de unidad, que va conquistando de día en día, por la conciencia del mal, que obra, y que quiere obrar todavía, y siempre; esta asociación lleva visiblemente marcado el sello del odio. Bien merecidas tiene, por cierto, las condenaciones incesantemente reiteradas de los Pontífices romanos, custodios vigilantes de los intereses sagrados de la sociedad religiosa; intereses, que están siempre íntimamente unidos á los de la sociedad civil. Solo aquellos que no viajan, no leen, ó que cierran obstinadamente los ojos para no ver, dejarán de comprender nuestras palabras.

Por lo que mira á Nos, ¡ah! nos hemos convencido, mucho más de lo que ántes lo estábamos, del grave peligro que la acción universal de esta asociación pone á la salvación de las almas, y la paz social. Acabamos de visitar las diferentes plays

del Mediterráneo: por todas partes, lo mismo en Egipto, que en Siria; lo mismo en Turquía, que en las islas de Grecia, apenas desembarcados, hemos procurado informarnos de la *sociedad*. La respuesta ha sido idéntica por todas partes. El Oriente está de acuerdo con el Occidente.

«Esta sociedad existe entre nosotros, se nos decía. En apariencia, y en opinión de muchos, es inofensiva y hasta hace algun bien; mas, en el fondo, es enemiga del catolicismo, al cual persigue, ya insidiosa, ya descaradamente.—Trata por todos los medios, que están á su alcance, de formar el vacío en las almas, y persuadir á los hombres, de que para nada deben contar con Dios.—Desvía de la práctica de los sacramentos.—Socava por su base la influencia de la religion en el seno de las sociedades, así como el prestigio de la Francia, porque es nacion católica.—Elogia la filantropía, para debilitar la acción de la caridad cristiana, y sus felices resultados en favor de la verdad.»

Seríamos demasiado prolijos, si tratáramos de reproducir aquí todos los cargos que, contra esa asociación secreta, hemos oido de los labios de personas muy caracterizadas, tanto de la sociedad civil, como del clero, para ver y juzgar á los pueblos.

Decid, ahora, si esa obra de odio, que envuelve al mundo como en una red, no es un motivo más que suficiente, para que la Santísima Virgen, Madre de Dios, intervenga de un modo solemne, en el combate empeñado contra su divino Hijo? Reina de los Apóstoles, se pone al frente del Episcopado en la lucha abierta contra las falsas doctrinas. Reina del clero, atrae hácia el Sacerdote á los pueblos, que se trabaja en sustraer á su influencia: realza el prestigio del Sacerdocio por medio de las peregrinaciones; reanima y embolece las santas prácticas, enseña á los hombres á pisotear el vergonzoso respeto humano; en una palabra, forma de nuevo la sociedad cristiana. Nos, que tenemos cargo de almas, y vosotros, que estais obligados, por deber de Estado, á salvar los derechos de la Religión; unámonos, y aprendamos de Nuestra Señora de Lourdes, á amar verdaderamente á Dios y al prójimo. No fijemos nuestra atención en si los demás son ó no caritativos: por de pronto, procuremos serlo nosotros. Huyamos de las sociedades malas y enemigas del catolicismo, y no

permitámos al odio que penetre en nuestros corazones. Contribuyamos á fomentar las peregrinaciones. Alistados en la noble bandera de la Santísima Virgen, recorramos bien ordenados las ciudades y las aldeas; trepemos los montes; repitan nuestros cánticos sagrados los ecos de nuestras verdes colinas, y el murmullo de nuestras oraciones confundase con el de los torrentes. Reine la caridad en nuestras almas; oremos, obremos, combatámos; de esta suerte podremos confiar en Maria, que ha destruido todas las heregias; pues serán siempre verdaderas las palabras que cantó en los montes de la Judea: *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*; ha derribado de su sede á los poderosos, y ha elevado á los humildes.

(*Journal de Florence*, 11 de Febrero 1875).

LA SECTA DE SATANÁS.

M. Juan Estéban de Camille,

Director del *Journal de Florence*.

Permitid que me solumo á vuestro lado, y me alisté en vuestra bandera, para participar de las bendiciones de Dios, en la gran batalla en que os habeis empeñado, y que tan vigorosamente pspleneis, contra la secta, que ha jurado el exterminio de la Iglesia.

Antiguo colaborador del *Journal de Florence*, me he aprovechado, hasta este día, de la libertad completa que concedéis—acerca de esta cuestion—á los que con vos, cooperan á la defensa de las verdades eternas, y de la Santa Sede, su depositaria. Creía—como muchos otros—que importaba muy poco el saber, de donde viene la secta, y adonde vá; me forjé la ilusión—como tantos otros, de que hasta combatir en sus actuales manifestaciones. Pues bien! pongo en vuestras manos la abjuración de mis ilusiones. No puede combatirse el error—sobre todo, un error tan monstruoso y tan capital como el que encierran los misterios de la secta—si no se está en posesion de la verdad toda entera.

Hay un medio tan sencillo como seguro, para encontrar los vestigios, que la secta anti-cristiana ó satánica ha dejado en todas

las edades del mundo; y es, observar la uniformidad de ciertos ritos y de ciertas doctrinas, que han sobrevivido al naufragio de otros errores pasajeros; doctrinas, que ha heredado la Franc-Masonería de nuestros días.

En sus consideraciones sobre la Francia, en el cap. V, José de Maistre, alude á una secta, que no ha cesado de rugir, desde Celso, hasta Condorcet. Se sabe, que Condorcet era Ven. de una Logia de Paris, y apolo-gista ardiente de la Franc-masonería. Celso, el filósofo, vivía en el siglo II de la era cristiana, y se decía, el continuador de, la doctrina de Epicuro. Y al abrigo de este título, atacaaba el cristianismo naciente, contra el cual publicó su Discurso verdadero (*Discursus verus*), cúmulo de impostura, del cual no tenemos sino algunos fragmentos citados por Origenes, en su *Refutación de Celso*. En el siglo III, surgió Manes, el hijo de la viuda, discípulo del herege Terebinto, llamado á continuar en Oriente la obra, que Celso había representado en Occidente. Manes no hizo más que remozar los errores de Zoroastro, sobre el dualismo eterno del Bien y del Mal. Y del mismo Zoroastro tomó también el padre de los Maniqueos las prácticas misteriosas de la magia. La época del nacimiento de Zoroastro debe colocarse, entre los siglos VI y XIII, anteriores á nuestra era (1), y ninguna necesidad tenemos de remontarnos más arriba; porque, concedido ya el dualismo maniqueo, y la magia de los antiguos Persas, fácil es reconocer la obra de Salanás, autor de la magia, é inspirador de la doctrina de los dos Principios, en la que se establece una igualdad horrible, entre el Dios Malo, y el Dios Bueno.

El maniqueísmo, pues, es el hilo que nos guía, no á través del laberinto de los errores del hombre caído por el pecado original—sino á través de las huellas de una secta, que conserva las prácticas, los usos y las tradiciones satánicas que le son propias, y que fomenta la gran rebelion, que el príncipe de las tinieblas ha deseado siempre, contra Dios Padre, criador del Universo, contra Dios Hijo,

(1) Parece que los historiadores están de acuerdo, hoy en reconocer, que han existido dos filósofos de este nombre, lo cual explica la incertidumbre que reina sobre la verdadera época en que ambos aparecieron.

Redentor del género humano, contra Dios Espíritu Santo, amor increado: la herencia de la secta es el odio, como lo ha revelado Mons. Fava, obispo de la Martinica. En efecto, examinense siquiera superficialmente las doctrinas y los ritos de los Maniqueos, cótéjense con las doctrinas y ritos de los Masones, y se echará de ver, desde luego, la conformidad mas completa; de lo que se infiere, que el inspirador y el jefe de la Franc-Masonería, no es otro que el mismo ángel de las tinieblas, inspirador y jefe del maniqueísmo.

Los maniqueos señalaban por origen de todos los seres dos principios coeternos, independientes, absolutos, infinitos. El imperio del primero, comprende la luz y los espíritus; la autoridad del segundo se ejerce sobre las tinieblas y la materia. Habiendo la materia invadido el imperio de la luz, resultó, dicen los libros de los maniqueos, un caos, que produjo el mundo. Los maniqueos condenaban ó falsificaban los libros de Moisés, porque anuncian la creación y la bondad de las obras de Dios. Rechazando la creación, los maniqueos abrazaban el Panteísmo. El Dios bueno, ó malo, no es, para ellos, sino el *Arquitecto del universo*.

La Franc-Masonería profesa esa teoría absurda. Ella ha aceptado el dualismo caldaico, idea fundamental de la doctrina maniquea. Las Logias cabalísticas la expresan, á la manera de los Orientales, por las palabras *Oromastis* y *Ariman*: Dios bueno, y Dios malo. La invasion de la materia y de las tinieblas en el imperio de la luz y de los espíritus, se encuentra, igualmente, en la masonería cabalística. La eternidad de la materia, la emanacion panteista de todos los seres de una misma sustancia, es tambien doctrina de los Franc-Masones. Todas sus creencias se resumen en el culto que tributan al *Arquitecto del universo*.

La fórmula del maniqueísmo era: *Razon, tolerancia, humanidad*: tal es, hoy, todavia la fórmula de la Franc-Masonería.

Los maniqueos no admitian otro criterio de la verdad que la *razon*; burlábanse de los cristianos, porque sometian la razon á la fe; y ellos no reconocian ninguna autoridad humana, ni divina.

La tolerancia de todos los cultos era un axioma entre los maniqueos: con sus absurdas teorías mezclaban las locuras del paganismo. Pero mostrábanse intolerantes,

hasta la crueldad, contra la religion católica.

En punto á *humanidad*, circunscribíanla á su secta. Segun ellos, la especie humana contiene dos series de almas; una, derivada del principio bueno, y otra, del principio malo. Las almas de los maniqueos derivan del Dios bueno, y constituyen el género humano bueno.

La Franc-Masonería ha recibido del maniqueísmo la teoría del libro exámen y el repudio de toda autoridad. El catecismo masónico enseña expresamente, que el martillo, la escuadra y el compás, son simbolos de la razon, que es, añade, la única regla del mason.

La secta masónica ha heredado igualmente del maniqueísmo la tolerancia de cultos. El undécimo mandamiento de los franc-masones, se expresa así: *Respetarás sus creencias y sus divinidades* (de los hombres).

Finalmente; la secta se aplica á sí misma únicamente la noción de *humanidad*. Se lee en los estatutos generales: *El franc-mason considera como profanos á todos aquellos á quienes ella no reconoce por hermanos*. A este propósito pudiera citarse la circular, que el Gran Maestro de Luca dirigió á todas las Logias, en la cual recuerda, que á los ojos del mundo masónico, los hombres, que no pertenecen á la secta, no son *hombres*, sino á medias.

Las bases de la moral de los maniqueos y de los franc-masones son absolutamente idénticas: ambas sectas condenan el poder político y civil, y tambien la propiedad, como atentatoria á la igualdad. La fraternidad no pasa de los limites de la secta. Estaba prohibido dar un pedazo de pan, ni una gota de agua, al hombre profano. (S. Agustín, contra *Manich*; S. Epifanio, herejia 60.)

El jefe de los maniqueos se titulaba *Gran Maestro*; y los adeptos se dividian en tres clases, á saber: en oyentes, en escogidos y perfectos. Los franc-masones se dividen tambien, en aprendices, en caballeros ó maestros escogidos, en caballeros ó maestros perfectos.

Los iluminados formaban una casta excepcional entre los maniqueos. Los franc-masones reconocen tambien este grado, y, además, hay, entre ellos, el grado especial de iluminados.

Leemos en San Agustín (*De hazres*, c. 46), que la palabra de orden y los signos convencionales para reconocerse: *signa oris*,

signa manus, estaban ya en uso entre los maniqueos. Los catecismos masónicos están llenos de detalles sobre el particular.

De una y otra parte, el fin principal, es: combatir la religion católica y la autoridad política, sobre todo, cuando ésta reside en un monarca. Los maniqueos querian conquistar el mundo, y se difundieron por los pueblos para impedir la propagacion del Evangelio. La franc-masonería se declara cosmopolita, y se atribuye la mision de someter á toda la especie humana, como dicen sus estatutos.

Los que piden, en cierta manera, una acta autorizada por escribano, para creer en la transmision de las ideas de los maniqueos á las Logias masónicas, no se fijan bastante en la principal condicion de existencia de la secta, que es el secreto.

Pero la prueba evidente de que la secta maniquea se ha refundido en la franc-masonería, la tenemos, en que, desde que la última se estableció en sociedad secreta, el maniqueísmo ha ido desapareciendo insensiblemente.

En la época de su poder, la palabra de orden de los maniqueos era la siguiente: *Aplastad la serpiente*. Los franc-masones dicen: *Aplastad al infame*. Y ahora, que conocemos el origen diabólico de la secta, y la perdida de sus obras, y de su objeto; los espantosos anatemas que contra ella han fulminado los Soberanos Pontífices; ¿habrá aún cristianos, que quieran entrar en pactos con la Bestia, y vacilen todavia en romper resueltamente con la sociedad de Salanás, y en separarse de ella, para no seguir sino el estandarte de Cristo? Ha llegado la hora, en que es preciso elegir, entre uno u otro campo.

Quien no está conmigo, está contra mí.

V.

(*Journal de Florence*, 18 de Febrero 1875.)

PIO IX Y EL PAPA DO.

Cedemos otra vez la pluma á Mons. Fava; él nos dirá lo que son los Papas. Al regresar de Lourdes, y despues de haber penetrado

el misterio de la gran misión, que la Madre de Dios vino a llenar en la tierra; el Obispo de la Martinica describe la misión sublime del Pontificado en el mundo. El ha comprendido, que la Santísima Virgen descendió á la colina de Lourdes, para anunciar á los hombres, lo que él llama mandamiento nuevo, el mandamiento de la Caridad; y, desde entonces, han brotado de su inteligencia acenos admirables, para delinearlos la razón providencial de la existencia del Papado, y sus destinos eternos. Léase, y se comprenderá, que la caridad no es solamente un fuego, que inflama el corazón de santos ardores, sino que, además, es luz, que alumbraba el entendimiento, porque la caridad y la verdad, dimanaban del mismo manantial; y el hombre, que no posee el soplo del amor divino, en vano se esfuerza en llegar á la percepción de la verdad.

Las palabras de Mons. Fava son una respuesta anticipada á las frases impías, que Garibaldi dirigió ayer, domingo, á los obreros, en el anfiteatro del Mausoleo de Augusto, cuya noticia verán nuestros lectores más adelante. Ya que los ojos del héroe están fatalmente cerrados á la luz por las tinieblas de la secta, tal vez haya, entre sus oyentes, alguno, que todavía se halle en estado de reconocer la verdad. Hé aquí como se expresa el ilustre Prelado.

Trasladémonos ahora á Roma, y admiremos á Pío IX, que se esfuerza en mantener las almas en la unidad de la fe católica, ó en traer de nuevo á ella, á los que de la misma se han separado.

El soberano Pontificado, cuya cátedra infalible ocupa hoy el santo y animoso anciano, Pío IX, es la imagen más perfecta de la unidad del cielo con la tierra.

En el cielo, Dios es el centro infinito, hacia el cual convergen todas las inteligencias angélicas, y todas las almas de los escogidos. De la misma manera, en la tierra, el Soberano Pontífice es el centro universal, que atrae á sí, y reúne en uno; á todos los fieles hijos de Dios.

Cuando los espíritus celestiales atraviesan los mundos, para llenar las misiones que les confía el Eterno, «no por eso dejan de ver en el cielo, dice Nuestro Señor, la faz del Padre celestial.» Del mismo modo, los obispos, los sacerdotes, todos los verdaderos católicos, tienen incesantemente fija la vista y el co-

razón en el rostro del Pontífice Romano, su padre.

En el cielo, todos los espíritus unidos á Dios, permanecen al mismo tiempo unidos entre sí. En la tierra, todos los fieles, unidos al Padre Santo, están íntimamente unidos entre sí por la misma fe, la misma esperanza, y el vínculo de la misma caridad divina.

El Soberano Pontífice es la institución que realiza este grito del Corazón de Jesús:

«Padre mío, que sean ellos una misma cosa, como lo somos nosotros! Yo estoy en ellos, y tú estás en mí, á fin de que sean consumados en la unidad: *Ego in eis, et tu in me, ut sint consummati in unum.* (JOHANN XVIII, 29). Todos los católicos están consumados en la unidad, en Pío IX, centro universal, hacia el cual convergen todos los creyentes, como otros tantos rayos de la misma circunferencia. Ahora bien; el Papa, sucesor de Pedro, está unido á Jesucristo, Hijo de Dios, de quien es Vicario, y por el Hijo, está unido al Padre celestial.

En las orillas del lago de Tiberias fue donde nuestro divino Salvador perfeccionó la creación del Soberano Pontificado. Había ya trazado el plan de este monumento indescribible, diciendo á Pedro: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam et porte inferi non prevalebunt adversus eam.* (MARTH. XVI, 18.) En el día de que hablamos, Jesucristo, empleando otra imagen, escogió el momento en que acababa de sorprender á sus Apóstoles con la pesca milagrosa. Entonces, con toda la magestad con que la resurrección había coronado su frente, el Salvador interroga á Pedro en estos términos: «Pedro ¿me amas tú?» Tres veces le hace Jesús la misma pregunta á su discípulo; tres veces responde Pedro: «Señor, tú sabes que te amo.» A las dos primeras afirmaciones, el Señor le dice: *Pasce oves meas*; apacienta mis corderos. A la tercera: *Pasce oves meas*; apacienta mis ovejas. (JOHANN XXI.) De esta suerte Pedro quedó encargado de guiar á los corderos, y á las ovejas, esto es, á los obispos, y á todos los fieles.

En el mismo lugar en que aconteció esta escena, tan sencilla, en apariencia, tan sublime por su naturaleza, nuestros padres en la fe, edificaron una iglesia, para perpetuar

este recuerdo. En los últimos tiempos, esta iglesia ha sido restaurada, y hemos tenido el insigne honor de celebrar en ella el sacrificio de la misa. Tuvimos, pues, en nuestras temblorosas manos, á Jesucristo, que fundó allí el Soberano Pontificado, á Jesucristo, de quien siempre fueron muy queridas aquellas orillas, y desde las cuales calmaba muchas veces con una sola palabra las olas, á cuyo ruido, Nos pronunciábamos las palabras del divino sacrificio.

Observad, os ruego, que sin el Soberano Pontífice, la religión cristiana sería, como obra de unidad, inferior á la de Moisés. Los judíos, en efecto, poseían en Jerusalem un tribunal encargado de conservar la doctrina revelada, y de resolver todas las cuestiones religiosas: este tribunal llamábase: Sinagoga. Cuando este tribunal rechazó la enseñanza de Jesucristo, y pidió su muerte, de seguro que no permanecía en la verdad; pero, por lo mismo, su misión quedaba, por este motivo, terminada, dice Bossuet al ministro protestante Claudio, pues la verdad encarnada, el Hombre Dios, estaba ya en la tierra para enseñar lo que era necesario creer y practicar.

Los judíos tenían, pues, un centro de unidad doctrinal, que miraban con el mayor respeto. Ahora bien; Nuestro Señor, no vino á abolir la ley, sino á perfeccionarla. A la manera que el sacrificio de la misa, que no es otro que el del Calvario, continuando en todos los lugares, reemplaza los sacrificios figurativos de la antigua ley; del mismo modo que nuestros tabernáculos, donde Jesucristo reside, bajo los velos encarnísticos, reemplazan el Arca de la alianza y el Santo de los Santos; así también la Sinagoga es reemplazada por la Iglesia enseñante, de la cual el Soberano Pontífice es el Jefe y el Centro infalible. El es, quien transmite al Pueblo los oráculos de Jesucristo, como ántes el Gran Sacerdote transmitía los oráculos del Eterno. El Soberano Pontífice es aquel á quien el Espíritu Santo, llamado por San Agustín, alma de la Iglesia, concede la potestad de hablar, no solo en los días solemnes y especiales en que se reúne la Iglesia enseñante, sino todos los días, y á cada instante.

Nos lo hemos enseñado ya; todos los siglos han creído, que el Soberano Pontífice, como Jefe de la Iglesia, no puede errar en su enseñanza de Doctor universal. Todos ellos

han dicho, con San Agustín: Roma ha hablado, la causa ha concluido: *Roma locuta est, causa finita est.* Esta verdad, anunciada á Pedro por el mismo Nuestro Señor, es, ahora, un dogma definido.

Así es como la Iglesia católica posee un centro de unidad, mucho más perfecto que el de la ley antigua.

Permítidme añadir todavía, que la institución del Pontificado supremo es la que puso fin á ese sueño de dominación universal, que agitada á la antigüedad. Antes, las grandes monarquías y los conquistadores famosos, querían reinar solos en el mundo vencido y sometido á su ley. El pueblo más fuerte, no envainaba su espada, sino después de haber subyugado á todos los demás pueblos. La tierra, dice la Escritura, callaba ante esos dueños del mundo. Esto es lo que aconteció, hasta la fundación de la Iglesia y del Soberano Pontificado. Desde entonces, se desvaneció, poco á poco, el sueño de la dominación universal, al soplo de la caridad y de la humanidad del Evangelio, y bajo la poderosa influencia de los Papas. Comprender los pueblos, que solo la Iglesia es universal en su gobierno, y que el Pontífice Romano es el solo que está destinado á extender su jurisdicción espiritual sobre todo el universo.

¡Pues bien! esta institución, que es, sobre la tierra, la imagen admirable del gobierno del cielo, y el centro infalible de la unidad doctrinal; esta institución, que ha sido la salvaguarda de los pueblos, el apoyo de los débiles, el abegado de los oprimidos, que no ha cometido ninguna injusticia contra nadie, y que, como Jesús delante de Pilatos, es declarada inocente; esta institución, repito, es la que se pretende derribar enteramente, tanto en lo espiritual, como en lo temporal. Sorprende, en verdad, que aún haya hombres y pueblos, que, como los paganos, sueñen en realizar una dominación universal! ¿Cómo no admirarse, de que haya sociedades, que aspiran á fundar una república universal, sobre las ruinas de la Iglesia católica! Mas ya lo sabemos: el Anticristo está anunciado como el hombre, que hará el último ensayo de dominación universal; pero sabemos, también, que será aplastado en su orgullo. Entre tanto, la tierra no verá ya jarras sino un solo gobierno, destinado á abrazar el universo entero; y este gobierno será el de la Iglesia católica, cuyo Pontífice ro-

mano es el Jefe y el órgano en medio de la sociedad humana.

Dulce y fuerte, es, bajo este doble aspecto, como Pio IX se nos ha aparecido. Nos hemos reconocido en él al Pontífice, que ha dicho: «Tengamos corazón de madre para con los pecadores; pero duro con el error!» Los consejos que daba a sus numerosos visitantes; el discurso, que sobre la paciencia dirigió delante de Nos á una multitud de personas, que habían ido á felicitarle: la firmeza de su palabra, cuando aprueba el bien; el fuego de su mirada, cuando reprende el mal; su sonrisa al hablar con los pequeños, su andar, sus ademanes, su actitud, todo en Pio IX nos impresionó, llenándonos de admiración. Solo en Pio IX hemos encontrado quien pueda, en todo, llamarse verdadero hombre. La naturaleza y la gracia de consuno, formaron en su persona una de las más perfectas imágenes de Aquel, que ha dicho: *Ego sum veritas*: Yo soy la verdad. Pio IX anuncia resueltamente la verdad al mundo. La proclama, como Jesús delante de Cafás, para gloria de Dios, y sin sombra de temor, ni aún delante de la muerte. A los que no comprenden la dignidad de la verdad, y el

testimonio que se le debe, les asombra, alguna vez, el lenguaje del Soberano Pontífice. Nos les preguntáramos de buen grado á esos hombres: ¿es permitido al sol, privar de su luz y su calor al mundo? ¿Les es permitido á los astros de la noche, negarnos su claridad? ¿O á las nubes, dejar de enviarnos las lluvias, sus relámpagos, sus rayos? ó á la tierra, sus frutos? ó á la mar, sus vías, su calma, sus murmullos y sus tempestades? No; no les es permitido; deben hacerlo, porque Dios lo quiere.

Del mismo modo; Pio IX dice la verdad, Pio IX es justo, Pio IX aprueba, Pio IX condena, porque Dios lo quiere. No puede callar; no puede privar de luz al mundo; no puede negar á los hombres la dulzura de su sonrisa, ni las bendiciones, ni los rayos, que tiene en sus manos. Vicario de Jesucristo, ha de imitar á su divino Maestro, que fue misericordioso con el pecador arrepenido, terrible con los hipócritas y los escandalosos, y que empuñó el látigo para arrojar del templo á los que le profanaban. Tal es Pio IX. Lo que nos sorprende, lo que nos asombra, es: que, después de mil ochocientos años, el mundo todavía ignore lo que es el Papa.

LA IGLESIA UNIVERSAL

CONSAGRADA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

En el mes de Junio 1874, el Rev. P. Chevalier, fundador y primer superior general de la Congregación de misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, en Issoudun, hizo un viaje á Roma en compañía de los RR. Jouet y Vandel, miembros de su Congregación. En la audiencia especial que obtuvieron, el Soberano Pontífice Pio IX, les dijo: «que se consideraría feliz, si los fieles lo pedían, de consagrar el mundo católico al Sagrado Corazón de Jesús.»

Parecieron á los misioneros del Sagrado Corazón de Jesús que, con estas palabras, el Vicario de Jesucristo les confiaba una nueva misión que llenar. Sin vacilar un momento, pusieron manos á la obra, é inmediatamente circularon por todas partes una súplica al Padre Santo, pidiendo la consagración de la Iglesia y del mundo al Sagrado Corazón de Jesús.

Los esfuerzos de los RR. PP. Misioneros han obtenido un resultado asombroso. La súplica ha dado la vuelta al mundo entero; y al llegar al centro de donde había partido, en Issoudun, llevaba tres millones de firmas. Este resultado, lo repetimos, es verdaderamente asombroso, sobre todo, si se considera el poco tiempo que ha mediado para obtenerlo.

Al frente de los tres millones de firmas, aparecen ciento setenta cartas de otros tantos Obispos, que también piden la consagración de la Iglesia y del mundo al Sagrado Corazón de Jesús.

Así que el R. P. Pedro Chevalier recibió las súplicas, que expresan los votos de los fieles, voló á Roma para deponerlas á los pies del Soberano Pontífice.

Las adhesiones de los Obispos, y los tres millones de firmas, están reunidas en treinta volúmenes, magníficamente encuadernados y cubiertos de *moiré* encarnado, y adornados con elegantes placas doradas en las tapas. En una de estas placas hay grabadas las armas del Soberano Pontífice, iluminadas por los rayos que despiden el Sagrado Corazón de Jesús, colocado encima de ellas, así como las armas de las ciudades, que han sido centros de la suscripción, ó de las de algunas nobles familias, que han contribuido á sufragar los gastos de la encuadernación, ó que han desplegado un gran celo para la difusión de las súplicas. Uno de los volúmenes lleva la cifra de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, esto es, la de Issoudun, en donde se tomó la iniciativa de esta suscripción; otro, las armas de la ciudad de Bourges; otro, las de Paris, etc., etc. El volumen más bello, sin duda, es el que contiene las adhesiones de los 160 Obispos, ricamente encuadernado en tafete. Soberbios medallones dorados con preciosos esmaltes, decoran las tapas; una serie de miniaturas de una belleza sin par, adornan sus páginas.

Hoy, 11 de Enero (1875) el R. P. Chevalier ha sido recibido en audiencia particular por Nuestro Santo Padre, juntamente con muchos eclesiásticos y una diputación de los alumnos del Seminario francés, que se ofrecieron á acompañarle para dar mayor solemnidad al acto de la ofrenda.

Los treinta volúmenes estaban colocados en la sala de la audiencia sobre una gran mesa de mármol.

El Soberano Pontífice se presentó cerca